

Catolicismo y proyectos de futuro

Por LENIER GONZÁLEZ MEDEROS

Desde hace más de dos siglos el catolicismo ha tenido la capacidad de influir en la configuración de valores y tradiciones nacionales. Desde las coordenadas de la antropología cristiana se delinearon importantes particularidades que han marcado, de forma indeleble, los referentes cosmovisivos del pueblo cubano. También desde espacios eclesiales, en la primera mitad del siglo XIX, surgió y se consolidó un pensamiento autóctono en la Isla. El Real y Conciliar Seminario San Carlos y San Ambrosio fue el espacio donde un grupo de hombres ilustrados tuvieron la doble virtud de propiciar, en el plano teórico, un acople virtuoso entre liberalismo y catolicismo, y desde esas coordenadas, soñar una Cuba en claves poscoloniales. Aunque la Iglesia fue sacada abruptamente de este proceso mediante el Patronato Regio y el férreo control ejercido por la Corona española (que buscó y logró cercenar desde la raíz los retoños de una Iglesia criolla), nunca dejó el catolicismo de influir y cincelar el alma de cubanos que propugnaban una patria libre para cubanos libres.

El catolicismo en Cuba ha contado siempre con un proyecto secular de nación, cuyas ideas y construcciones es posible rastrearlas, al menos, desde la primera mitad del siglo XIX. Durante los últimos 50 años encontramos multiplicidad de proyectos que asumen el "deber ser" de Cuba desde la aceptación de la fe en el Dios Uno y Trino. Estos derroteros abarcan desde el magisterio de los Obispos cubanos, los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI y la intelectualidad laica y clerical orgánica a la Iglesia institucional, pasando por el poderoso (y bellissimo) *corpus* poético *origenista*, hasta las variopintas proyecciones sociopolíticas provenientes del laicado católico cubano (en sus variantes demócratacristiana y socialcristiana, en la Isla y en el Exilio). Estos grupos de cubanos no han elaborado un proyecto católico compacto y homogéneo, sino heterodoxo y flexible, desde sus particularidades e inquietudes personales, algunas veces en tensión crítica con la Iglesia institucional.

En la etapa revolucionaria la emergencia de un proyecto nacionalista católico, desde la Iglesia institucional, se vislumbra en la década del 80 con la Reflexión Eclesial de Base y cristaliza en el Documento Final del Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), con dos actualizaciones programáticas posteriores: la carta pastoral *El amor todo lo espera* (1994) y el discurso del papa Juan Pablo II en el Aula Magna de la Universidad de La Habana (1998). El texto final del ENEC marca, de forma programática, los derroteros posteriores de la Iglesia en Cuba. El doctor Carlos Rafael Rodríguez se percata de la emergencia de este fenómeno y trasmite la

preocupación gubernamental por ello, según refirió en conversación personal con un sacerdote habanero en el año 1986.

La expresión más acabada de los fines y medios de ese proyecto fue proclamada públicamente por Juan Pablo II en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, cuando conminó a la Iglesia y a todos los nacionales a obtener "una síntesis" donde todos los cubanos nos sintiéramos identificados. Juan Pablo II, en ese discurso trascendental, rearticula y relanza -desde claves políticas, culturales y teológicas más sofisticadas- el legado del ENEC y la propuesta de "diálogo nacional" realizada por los Obispos cubanos en la carta pastoral *El amor todo lo espera*. La necesidad de un diálogo nacional en pos de fraguar un nuevo consenso político para Cuba, está en la base misma de la propuesta de la Iglesia Católica a la nación cubana. Juan Pablo II propone un ideario marcado con postulados nacionalistas y en cuyo centro gravita la figura del sacerdote cubano Félix Varela.

Las derivaciones de la propuesta sociopolítica que marca ese discurso son fácilmente rastreables en proyectos disímiles que emanan del catolicismo cubano en la década posterior a la visita de Juan Pablo II. Ya a partir de entonces resulta evidente que la imagen de unidad monolítica que se proyecta desde la Iglesia comienza a contrastar con la diversidad de voces en el seno de la propia Iglesia. Las claves de esta propuesta de Juan Pablo II subyacen tanto en la homilética de preladados como el cardenal Jaime Ortega y monseñor Adolfo Rodríguez Herrera, como en la idea de "Casa Cuba" impulsada por monseñor Carlos Manuel de Céspedes, y en el pensamiento del laicado cubano, organizado en torno a revistas católicas de diversa proyección, tales como *Vitral*, *Palabra Nueva*, *Espacios* y *Espacio Laical*.

Durante su reciente visita a nuestra Patria, el papa Benedicto XVI ratifica este camino, ahora complementado por la promoción de temas centrales en la agenda de la Iglesia: la verdad y la vida, el matrimonio y la familia, la libertad y la justicia, el diálogo y la inclusión social, el perdón y la reconciliación. El Papa pone el énfasis en el ser humano, en los medios más que en los fines. El Pontífice comprende que será difícil transitar este camino sin potenciar la ética, la espiritualidad y la virtud, pues estos son elementos indispensables en el empeño de lograr un acercamiento entre actores sociales diversos, abdicar del odio, desterrar la tentación de encerrarnos en nuestras verdades e imponerlas a los demás, así como asegurar un compromiso con nuestra realidad histórica concreta.

No es fortuito que el padre Félix Varela sea presentado por Benedicto XVI, nuevamente, como el paradigma para asumir ese

La Iglesia tiene el gran reto de formar un laicado católico que logre estar a la altura de la actual coyuntura nacional: un laicado que sea capaz de convertirse en heraldo de la esperanza, facilitador del perdón, constructor de puentes, sanador de heridas y humilde servidor de la nación.

camino de transformación personal y social. La vida y el pensamiento de este sacerdote cubano sintetizan la esencia de esa propuesta nacionalista, heterodoxa en su universalidad, para Cuba: donde habrá nación en la medida que desempeñemos el patriotismo, habrá patriotismo en la medida que ejerzamos la virtud, y habrá virtud en la medida que crezcamos en espiritualidad. Es por ello que Benedicto XVI asegura que resulta esencial la libertad religiosa. El Papa reconoce que en Cuba se han dado pasos para que las iglesias puedan llevar a cabo su misión de expresar pública y abiertamente su fe. Sin embargo, animó a las autoridades a reforzar lo alcanzado y avanzar hacia metas más ambiciosas. En este sentido, propone una mayor presencia de las instituciones religiosas en todos los ámbitos, con un especial hincapié en el tema de la educación.

Los ejes temáticos esbozados constituyen, sin dudas, el núcleo teológico, pastoral y político de la propuesta que institucionalmente hace la Iglesia Católica a la sociedad cubana. Se trata de un proyecto nacionalista sólidamente articulado, como pocos de los presentes en los escenarios cubanos. Proyecto heterodoxo que permite "acoples múltiples", tanto desde las posiciones disímiles existentes en el seno del catolicismo cubano, como desde otros sectores de la sociedad cubana. Porque es un hecho constatable que la Iglesia ha logrado, mediante sus publicaciones, poner ese proyecto en diálogo con el resto de la sociedad cubana. Diálogo, perdón y reconciliación allanan el camino que conduce, con la participación de todos los cubanos, hacia un modelo sociopolítico que preserve lo positivo del legado revolucionario y permita la convivencia protagónica de las nuevas sociabilidades emergentes.

La Casa Cuba como derivación poética del nacionalismo católico

La Iglesia Católica tiene el desafío de convertir el ámbito cultural en terreno fecundo para proponer a la sociedad cubana una sana antropología de raíz cristiana, que en diálogo respetuoso con la gran diversidad de actores sociales y políticos presentes en los escenarios cubanos, propicien el parto luminoso de una nueva ciudadanía: único camino para construir una patria incluyente, próspera y soberana. Sería el momento oportuno para poder concretar el proyecto vareliano, donde la Fe, la Esperanza y la Caridad fecundan la esencia misma de la patria: momento hermoso donde

catolicismo y nacionalismo se miran frente a frente. Ha llegado el instante en que la Iglesia tiene que escoger entre detentar para sí un poder secular, que la coloca en alteridad absoluta con los otros o, por el contrario, acompañar a todos los cubanos, piensen como piensen, vivan donde vivan, sean afines o no a la fe católica-romana, en la doble senda de la transformación personal y en el sueño de construir una patria "con todos y para el bien de todos".

Minutos antes de tomar el avión de regreso a Roma el papa Benedicto XVI expresó: "Concluyo aquí mi peregrinación, pero continuaré rezando fervientemente para que ustedes sigan adelante y **Cuba sea la casa de todos y para todos los cubanos**, donde convivan la justicia y la libertad, en un clima de serena fraternidad. El respeto y cultivo de la libertad que late en el corazón de todo hombre es imprescindible para responder adecuadamente a las exigencias fundamentales de su dignidad, y construir así una sociedad en la que cada uno se sienta protagonista indispensable del futuro de su vida, su familia y su patria". Nunca antes un Romano Pontífice había utilizado, casi literalmente, las coordenadas poéticas de la metáfora CASA CUBA, para referirse a estas cuestiones.

Para los laicos habaneros que hemos crecido al amparo de las *Apostillas* del padre Carlos Manuel de Céspedes, las palabras del Papa resultaban familiares. Para este nacionalismo de entraña católica Cuba comporta una pasión y un delirio, una búsqueda frenética -a la vez que equilibrada- de la armonía entre elementos nacionales diversos. Esta necesidad de recomponer lo que está roto o desgarrado, nace de una antropología convencida de que el ser humano constituye el centro mismo del Cosmos: el hombre es un tabernáculo sagrado dotado del don preciado de la libertad. En este nacionalismo de entraña católica, se equipara el cosmos nacional con una CASA, porque su cimiento nace de la fraternidad entre sus miembros. En el plano intrahistórico esta visión poética -la CASA CUBA- asume el rescate de un sentido comunitario para la nación, a la vez que se yergue como un umbral político equilibrado y racional por el que vale la pena sacrificarse. Posibilita el nacimiento de una sociabilidad política que potencia la comunión y el encuentro entre lo aparentemente antagónico e irreconciliable mediante el diálogo. Implica el destierro de todo ejercicio de exclusión. Asume a Cuba como la necesidad de síntesis, de diálogo y de encuentro. En este nuevo cosmos nacional, "el adentro" y "el afuera", la Revolución y el Exilio, la teleología y el pragmatismo, y los largos etcéteras que impone la incontrastable realidad de una nación sumamente plural, tienen, al menos, la posibilidad de reconocerse como parte de un todo único e indivisible.

La CASA CUBA, tal y como la soñamos, trasciende una visión partidista del quehacer político y abre las puertas a la promoción de una participación fraterna de todos los componentes de la nación cubana. La concreción política de este anhelo poético lleva implícita una metodología del encuentro y de la aceptación del otro, que se yergue sobre el reconocimiento de la dignidad plena del ser humano. De ahí su catolicidad. Es un proyecto comprometido con la articulación complementaria y orgánica de toda la diversidad

BÚSQUEDA

existente en el país. En ese sentido, la "reinención" del orden sociopolítico cubano no pasa solamente por un criterio de funcionalidad económica, sino por la posibilidad real de acoger e integrar la creciente pluralidad de subjetividades presentes en la sociedad cubana. Asumir este reto lleva implícito el rediseño radical de las instituciones estatales, para que puedan acoger efectivamente en su seno a toda la diversidad nacional.

En pleno siglo XXI tenemos el reto, como nación, de ampliar los horizontes de un imaginario político que se ha limitado a la defensa de una cuota de justicia social y de la soberanía nacional, e inaugurar un camino que logre garantizar -junto a estos logros irrenunciables- el ejercicio de los deberes y derechos del ser humano como base del proyecto nacional. La decisión de asimilar la "otredad" llevaría en sí el reto de redefinir los márgenes actuales de inclusión/exclusión en la participación política de los actores sociales. O lo que es lo mismo, redefinir radicalmente lo que hemos entendido tradicionalmente por Revolución y contrarrevolución. Estar a la altura de semejante responsabilidad implica dar respuestas políticas creativas y audaces, que rompan el canon de lo que hasta hoy ha sido políticamente correcto en la práctica política insular, y que redunden en un ensanchamiento del consenso político interior del país.

De lo que se trata, en esencia, es de rearticular ese consenso en torno a un orden republicano que sea capaz de llevar hasta las últimas consecuencias el legado martiano para Cuba: una patria con todos y para todos los cubanos. Un proyecto que vaya más allá de una simple restauración del pasado, que sea capaz de impregnar el presente de la suficiente potencialidad creadora para construir una Cuba donde quepamos todos, iguales en dignidad.

Los desafíos del presente

Habrá que ver la capacidad de la Iglesia para seguir desplegando este quehacer, en diálogo simétrico con el resto de la sociedad cubana. La Iglesia encara el desafío de acompañar a una sociedad sumamente diversa, en la que van cobrando consistencia

Juan Pablo II, en su discurso en el Aula Magna, rearticula y relanza -desde claves políticas, culturales y teológicas más sofisticadas- el legado del ENEC y la propuesta de "diálogo nacional" realizada por los Obispos cubanos en la carta pastoral *El amor todo lo espera*. La necesidad de un diálogo nacional en pos de fraguar un nuevo consenso político para Cuba, está en la base misma de la propuesta de la Iglesia Católica a la nación cubana.

movimientos que defienden agendas relacionadas con temas religiosos, ambientales, raciales, migratorios, de orientación sexual, de género y políticos, además de otros que pudieran estar articulándose. Sectores que ven con recelo una potencial hegemonía social del cristianismo. Está por verse, además, la disponibilidad del gobierno cubano de aceptarlo o de acotarlo, de negociar críticamente sus contenidos múltiples desde los presupuestos de la tradición laica nacional. Y todo ello tendrá lugar en medio de la gran polarización presente en los escenarios cubanos, donde no acaba de vislumbrarse un camino político que permita el diálogo real entre diversos proyectos de nación.

En este contexto la Iglesia tiene el gran reto de formar un laicado católico que logre estar a la altura que la actual coyuntura nacional reclama. Un laicado que sea capaz de convertirse en heraldo de la esperanza, facilitador del perdón, constructor de puentes entre cubanos divididos, sanador de heridas y recelos, servidor humilde de la nación. Para ello no basta solo con una sólida formación intelectual y política en los asideros del humanismo cristiano, sino que, ante todo, deberá afincarse en una espiritualidad encarnada, que en íntimo diálogo con el Dios Uno y Trino, permita discernir, día a día, los mejores caminos a seguir. Ese laicado debería procurar articular un amplio debate nacional en torno a *la justicia*, categoría abarcadora que podría englobar, de forma flexible, las aspiraciones legítimas compartidas por amplios sectores de la nación, de derecha a izquierda del espectro nacional.

Solo desde el encuentro, el diálogo y el consenso mínimo entre proyectos nacionales disímiles Cuba logrará avanzar con estabilidad hacia el futuro. Consensos mínimos que deberían estar comprometidos con la necesidad de un Estado democrático bajo control ciudadano, con una esfera pública abierta e inclusiva -como espacio insustituible de interacción política y construcción compartida de decisiones nacionales-, con la institucionalización -por mandato constitucional- de movimientos sociales y sectores de la sociedad civil como sujetos activos de la política, con amplia capacidad de incidencia sobre los poderes instituidos, con la preservación irrestricta de la soberanía nacional, por el respeto sagrado de los derechos de los trabajadores, con la preservación de sectores nacionales estratégicos en manos del Estado, con la voluntad estatal de velar por la implementación complementaria de formas de propiedad privada, cooperativa y autogestionarias, capaces de insertarse efectivamente en la economía global y de responder a los reclamos legítimos de sectores de la nación. Y todo ello puesto en función de la emancipación del ser humano y del mandato pétreo de que, en Cuba, la justicia sea primero de los pobres.

Nota:

1- Hago referencia a la revista *Vital* que fue órgano oficial del Centro Católico de Formación Cívica y Religiosa de la diócesis de Pinar del Río, que bajo la dirección del ingeniero Dagoberto Valdés constituyó la proyección más clara de la tradición demo-liberal del catolicismo cubano en la Isla.

BÚSQUEDA